

LO GENERADO

Año tras año se celebra el nacimiento de la Constitución, y cada vez se acen- túa más la propa- ganda en torno a su falta de relación causal con el pasado dictatorial. Se habla de ella como si fue- ra un acto autosuficiente surgido como creación «ex nihilo», como si no proviniese de algo anterior que la engendró y conformó en sistema de poder estatal. Los historiadores a sueldo trasladan el mito creador desde el producto al proceso productor, desde la Constitución a la Transición. Atribuyen a ésta la autosuficiencia de aquella. Y se encierran en un círculo vicioso. Para comprender bien la naturaleza del sistema constitucional; para calibrar la importancia o dimensión que tienen los elementos dictatoriales, oligárquicos o democráticos que lo componen; para saber cuál ha sido el preponderante; para captar el sentido del actual régimen de poder hay que entrar en la esencia nuclear del cambio a fin de averiguar si ha sido debido a una generación de la dictadura, a una evolución interna de la misma, a una emanación cualitativa de su nivel de poder o a una transformación operada por factores exteriores al Régimen franquista. Ahí encontraremos la respuesta a la cuestión de la clase de poder que nos gobierna.

Ahora sólo trato de la generación de algo a partir de algo. Esto puede entenderse de manera objetiva, como en las procreaciones orgánicas de las mismas especies, a través de generaciones e individuos diferentes; o de manera subjetiva, tal como se habla de generaciones culturales en las producciones literarias de un mismo tenor artístico. En ambos casos, para que haya generación tiene que haber un seno materno y un agente de la fecundación. La dificultad está en identificar a este último, pues, como en la maternidad, nadie puede poner en duda que lo generado ha sido engendrado en el claustro materno del Estado franquista. Lo cual supone que la criatura constitucional ha heredado, como mínimo, la mitad del código genético de la dictadura. El resto depende del grado de parentesco con ella del agente fecundador.

Si la potencia fecundadora la atribuímos por igual al Rey, Suárez y Fraga, de una parte, y a González, Carrillo y Tarradellas, de otra, la obra generada debe tener tres cuartos de concepción y constitución materialmente franquistas. El otro cuarterón, el partidista, ha transmitido a lo generado su forma substancial oligárquica y su epidermis democrática. El texto constitucional referente al poder corrobora su analogía con la tesis biológica.

La idea de generación, llegar a ser algo, está relacionada desde Aristóteles con la de corrupción, dejar de ser algo. Pues en todo proceso de cambio político, sin movimiento social, el substrato material de poder persiste, imperceptible o disimulado, bajo la nueva forma sustancial que reviste. La forma oligárquica



corrompe la materia dictatorial que la sostiene. La oligárquica era, para los griegos, la forma corrompida de la tiranía. Los escolásticos refinaron la idea de cambio sin movimiento sustituyéndola por la de mutación. La corrupción no la produce, aquí, la acción de la nueva forma oligárquica sobre la vieja materia tiránica, sino el efecto degenerativo que provoca lo generado en el compuesto o combinación de forma y materia del poder. Se explica así que mutaciones generadas por cosas demasiado emparentadas o demasiado dispares produzcan engendros monstruosos, que los intereses de la vida se encargan de suprimir en la Naturaleza y de mantener en la Sociedad. La oligarquía es la forma más estable de Gobierno porque es la forma natural de los poderes sociales. La corrupción no la destruye porque es su fundamento. El Estado constitucional nació de la corrupción relativa de la dictadura, que dejó de ser tal para que su idea del Poder llegara a ser más operativa con la corrupción absoluta de una oligarquía de Partidos estatales.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

ALQUILERES TERRORISTAS

¿Quién le iba a decir a un ciudadano normal y corriente que el hecho de ganarse unas pesetas al margen de Hacienda puede convertirse en un calvario judicial con el castigo añadido de saber que uno ha colaborado con el asesinato de inocentes? Parece imposible, pero eso puede ocurrir con quien, en los tiempos que corren, acepta alquilar una vivienda a «jóvenes simpáticos», de esos que además pagan al contado y no abren la boca para protestar por la sujeción, la falta de mantenimiento o esa lista de cosas que siempre se esgrimen para obtener un mejor precio del casero.

Piensa Juan Bravo que ya todos debería-

mos saber que los terroristas se ocultan en casas alquiladas. Que, como se ha demostrado una vez más en Barcelona, el comando podía asesinar a su aire gracias a que vivían en un piso sin control alguno.

Parece desproporcionado procesar por colaboración con banda armada a quien sólo quiso actuar al margen de Hacienda. Urge, por lo tanto, una norma que obligue a quienes alquilan viviendas o locales a identificar a sus clientes y comunicar sus nombres a la Policía, sin efecto tributario. Que una cosa es Hacienda y otra la lucha contra el terror.

Juan BRAVO



EL MITO DE LA ALARMA SOCIAL

La idea de que vivimos en la «sociedad del conocimiento» parece haber prendido en algunos cerebros gobernantes —y también en otros menos gobernantes pero sí opinantes— de un modo tan pintoresco como aberrante, aunque pretende ser astuto. Vea el amigo lector lo que últimamente ocurre. Desde el fondo de gravísimos problemas que yacen reprimidos y ahorrados en los abismos de nuestra sociedad, uno de ellos, imprevistamente, se escapa del encierro y, desde la libertad conquistada, dando voces de denuncia, se levanta al pináculo de la atención pública. ¿Qué hacen entonces nuestros gobernantes y sus seguidores? Al parecer el problema en sí mismo es visto como algo secundario, lo importante es tranquilizar, la conciencia de los ciudadanos. Que no surja la «alarma social», que no se «pierda la confianza de los consumidores». «Que no se deje de creer en la democracia».

Esta última frase la hemos oído repetidamente referida a las elecciones presidenciales de los EEUU. Lo fundamental no resultaba tener elecciones limpias; relativamente limpias, no demasiado sucias —habría que precisar— si tenemos en cuenta las imperfecciones radicales de los procesos electorales en EEUU y en la mayoría de los Estados que se autoconsideran democráticos. Lo preocupan-



te era que los ciudadanos perdieran la fe en el sistema, que en esta sociedad infantilizante dejaran de creer en los Reyes Magos, Y, ahora, las otras frases, referentes a la alarma y la fe consumidora, las estamos oyendo, machaconamente pronun-

ciadas por responsables de la Unión Europea y con especial énfasis y aplomo por los actuales gobernantes de nuestro país.

Nuestro gobierno se ha encontrado de repente con una verdadera explosión de problemas. Las vacas locas, el uranio empobrecido y, por añadidura, el plutonio; además los británicos empeñados en arreglar el Tireless en nuestras narices y despreciando todo control español. Parecería que un genio maligno —maligno naturalmente para dicho gobierno— estaba preparando esta explosión, mientras se frotaba las manos al oír la cantinela de «España va bien». Ante esta situación lo mejor que se le ocurre a nuestros gobernantes es afirmar que las vacas hispanas son santísimas, los soldados españoles inmunes a las radiaciones y los británicos actúan como entrañables amigos que nos ofrecen el avanzado espectáculo de una reparación nuclear gratuitamente.

La verdad es que resulta bastante difícil saber lo que hay en el fondo de todos estos escandalosos asuntos. Pero, si hay algo claro, es que la alarma se encuentra altamente justificada. Ya en principio se da un dato inquietante. La forma repentina en que salen a luz problemas, existentes hace tiempo, pero cuidadosamente ocultados. Así el efecto patológico de los piensos animales sobre el vacuno se detectó hace treinta años. Nos dicen ahora que sobre el uso y riesgos del uranio empobrecido hubo dimes y diretes entre el Pentágono, la OTAN, los gobiernos europeos y, últimamente irrumpe el plutonio. Todo ello, utilizado en una agresión, que cada vez vemos más criminal y cuyas consecuencias para los habitantes del país azotado parecen carecer de importancia. Y, tras surgir el escándalo, las informaciones son cambiantes y contradictorias.

La ciudadanía inevitablemente, a poca lucidez que posea, comprende que se encuentra sumida en un mundo en que poderosas fuerzas, creadas por nuestro desarrollo científico y técnico, son manejadas por el poder sin control responsable y democrático. Se ha abierto la caja de Pandora, no por curiosidad, sino por codicia y ambición de dominio. Y ¿qué deberían hacer los gobiernos? Sin duda romper esta situación y avanzar hacia una real democracia. Pero si lo que pretenden es ocultar los problemas y adormecer a los ciudadanos, les convendría ser más maquiavélicos. En lugar de recomendar que no haya alarma, habrían de mostrarse alarmadísimos y ponerse al frente de la alarma social. ¿No encabezan nuestros gobernantes las manifestaciones contra ETA, como si en lugar de estar en el poder fueran meros ciudadanos descontentos? Hagan ahora lo mismo. Sólo después de dar la imagen de una seria e inquietísima preocupación, podrían hacerse creíbles para conseguir que todo siga igual. Y que la ciudadanía pueda enfermar y morir feliz, pensando que este mundo «va bien».

Carlos PARÍS